

VARRÓN

LENGUA LATINA  
LIBROS V-VI

*De lingua latina*, obra de Marco Terencio Varrón, es un estudio del latín desde varios puntos de vista: etimológico, morfológico, histórico, de uso contemporáneo, etc. La lamentable pérdida de buena parte de la obra —de sus veinticinco libros originales sólo se han conservado del V al X, más algunos fragmentos— obliga a hacer conjeturas acerca de las partes desaparecidas a partir del esquema de las que sí poseemos, dedicadas a la etimología y la flexión. A pesar de este carácter fragmentario, continúa siendo una útil fuente de conocimiento de la lengua latina, y lo conservado demuestra la originalidad del tratado: se ocupa no sólo de cuestiones gramaticales concretas, sino de lingüística general, como la conclusión del carácter analógico de la lengua (está gobernada por reglas que hay que descubrir y estudiar, al tiempo que se aceptan las anomalías semánticas y gramaticales como parte de un fenómeno vivo). Marco Terencio Varrón (116-27 a. C.) fue un polígrafo, militar y político latino, considerado uno de los hombres más sabios en la Roma de su tiempo. César le encargó la dirección de las bibliotecas públicas, pero tras la muerte del dictador perdió su cargo y se le confiscaron los bienes; finalmente, Octavio le indemnizó y le devolvió a su antigua ocupación. Escribió setenta y cuatro obras, que fueron referente obligado en épocas posteriores para eruditos y padres de la Iglesia (en especial, san Agustín).

# INTRODUCCIÓN

## I. VIDA Y OBRA DE MARCO TERENCIO VARRÓN

### 1. *Biografía: Varrón o la prudencia de un realista*

Si el carácter de «il terzo gran lume romano» que asignó Petrarca (*Trionfo della Fama* III 38) a Varrón puede ser hoy discutible en el terreno estrictamente literario y, sobre todo, a la vista de lo conservado de sus escritos, sin embargo dicho carácter es fácilmente defendible en un nuevo sentido (Della Corte, 1970, pág. 5): la trayectoria vital e intelectual de Varrón «tercia» entre la de Cicerón y la de Virgilio, supone la transición entre el agotamiento de la república y los albores del imperio. Efectivamente, Marco Terencio Varrón nace en el año 116 a. C., cuando, en medio de una aparente y relativa calma, la resaca antirreformista que sigue al asesinato de Gayo Graco se va llevando de derecho o de hecho todas las medidas de éste que no interesan a la nobleza. Muere en el 27 a. C., el año en que Octaviano empieza a ser también Augusto. Entre una y otra fecha, casi nueve décadas de convulsiones, guerras, proscripciones, en las que morir de muerte natural como él lo hizo era difícil y hacerlo además nonagenario resultaba algo realmente milagroso, máxime cuando no había dejado de participar activamente en el terreno político y en el bélico e incluso era más que de sobra rico para sembrar envidias y resquemos.

res<sup>[1]</sup>. Es Varrón, sin duda, un excepcional modelo de suerte y sobre todo (he aquí lo que indiscutiblemente es el rasgo fundamental de su carácter) del dicho popular de «nadar y saber guardar la ropa». «Tú... me ganas a mí y a los demás en prudencia, has previsto todo..., nada en absoluto te ha pasado desapercibido», le escribió en una ocasión Cicerón (*Cartas a fam.* IX 2, 2) entre la admiración y la envidia. Y es que, un tanto marcado por su origen campesino, tuvo un carácter introvertido, tímido y pudoroso, que le llevó a evitar hablamos en sus obras de sus sentimientos íntimos y de su vida privada (Deschamps, 1985-1986, págs. 127 ss.) y que le hizo mostrarse *muy sayo* y a veces incluso rudo y difícil<sup>[2]</sup>, pero que le ayudó a saber esperar pacientemente el momento oportuno para intervenir, a ceder con resignación ante lo inevitable (Zucchelli, 1976, pág. 621) y a contentarse con un digno segundo puesto. Romano de pura cepa, el patriotismo, el sentido del cumplimiento de la ley y del deber, el realismo y lo práctico guiaron habitualmente su actuación. En lo religioso, entendiendo que los dioses son una creación humana, tras rechazar la religión de los poetas por inmoral y la de los filósofos por peligrosa, se quedaba con la del Estado por razones de utilidad (San Agustín, *La ciudad de Dios* VI 5). En lo político fue conservador y amante del orden y de épocas pasadas mejores, como quizás no podía ser de otra manera en un terrateniente hijo de terrateniente<sup>[3]</sup> y en quien a lo largo de toda su vida se interesó profundamente por todo tipo de antigüedades.

Ahora bien, lo cierto es que no sabemos muchas cosas seguras de la biografía de este hombre al que, tanto en el terreno político como en el intelectual, cuando menos, hay que calificar de importante. Descendía, al parecer, de Gayo Terencio Varrón, el colega de Emilio Paulo en la derrota de Cannas, y tuvo también otros antepasados que alcanzaron cargos de la carrera política. Pero su padre fue, como se ha dicho ya, un hacendado, del que heredaría tierras y reba-

ños. Nació en Reate<sup>[4]</sup>, perteneciente a la tribu Quirina. No dejó de enorgullecerse de ello y el sabinismo de su cuna le marcó en más de un aspecto<sup>[5]</sup>.

Precisamente por el rigor y la sobriedad de costumbres de su entorno campesino sabino, que eran proverbiales, tuvo una niñez más bien modesta (*Logísticos*, fr. 19 Bol.) No sabemos mucho de sus años juveniles ni cuándo exactamente se trasladó a Roma. Aquí, al pertenecer de hecho su familia al orden senatorial<sup>[6]</sup>, comenzó la carrera política con el triunvirato capital, cargo relacionado con la justicia y al que se accedía a los dieciocho años<sup>[7]</sup>. Era entonces tribuno de la plebe Publio Porcio Leca, cuyo requerimiento rehusó por no ajustarse a derecho (Aulo Gelio, XIII 12, 6), con lo que dio ya uno de los ejemplos de su estricto sentido de la legalidad.

Por otra parte, no cabe duda de que, en contraste con su infancia, su adolescencia supuso una clara abertura a nuevos horizontes. En torno al 90, tuvo como primer maestro a Lucio Accio, quien quizás sobre todo le comunicó por medio de sus obras dramáticas el aspecto trágico de la vida acompañado de elementos religiosos, filosóficos e incluso políticos que después se reflejarían en su producción literaria<sup>[8]</sup>. Por otra parte, Accio puso en contacto al joven reatino con personalidades como Valerio Sorano o Quinto Lutacio Cátulo, con cuya conversación él se enriqueció y gestó su primera obra<sup>[9]</sup>. Estaba ésta dedicada precisamente a Accio y participaba de las preocupaciones ortográficas del momento, que eran una razón más para el agrio enfrentamiento entre este último autor y el satírico Lucillo<sup>[10]</sup>.

Aproximadamente a los veintiún años entró en contacto con Lucio Elio Estilón Preconino. La influencia de este maestro iba a incidir en aspectos referentes sobre todo a su futura concepción etimológica y, de una manera especial, al léxico de las instituciones religiosas romanas y al pensamiento filosófico que se refleja en más de un aspecto de

aquella. Además, cuando más tarde murió Estilón, su discípulo reatino consideró que no había entre los latinos quien pudiera dar cuenta de determinadas cuestiones y se sintió en la obligación de hacerlo él mismo<sup>[11]</sup>.

Pero incierta es la actividad pública del joven sabino inmediatamente posterior a sus estudios con Estilón. No se está de acuerdo en si fue partidario de Sila o de Mario. Parece que su carrera militar comenzó cercana a la guerra social (quizás más concretamente entre el 90 y el 88: cf. Della Corte, 1970, pág. 39). Su cuestura quizás se desarrolló en el 86 (Cichorius, 1961, pág. 201). Pero, ya en el terreno de la formación intelectual, se tiene por más cierto que en torno al 84 y por dos años estuvo en Atenas, entonces refugio de los que escapaban de las luchas fratricidas entre romanos, y allí estudió, precisamente en compañía de uno de los compatriotas exiliados, Gayo Cota, las enseñanzas de la Academia, más concretamente las eclécticas de Antíoco de Ascalón. Su pensamiento quedó marcado entonces de una manera importante. Además es aquí y en este ambiente donde empieza a escribir sus *Sátiras Menipeas*<sup>[12]</sup>.

En el 78, Gayo Cosconio fue enviado como procónsul a someter a los dálmatas y con él estuvo Varrón como legado<sup>[13]</sup>. Después el Reatino pasó varios años en Hispania (*Las cosas del campo* III 12, 7). En concreto, todo el tiempo que permaneció aquí Pompeyo con motivo de la guerra sertoriana, entre el 76 y el 72, fue legado suyo<sup>[14]</sup>. Quizás se conocían ya con anterioridad. De las tierras hispanas guardó el siempre observador reatino diversos recuerdos que se reflejarían en sus escritos y de ellas curiosamente llevó por primera vez el conejo a Italia (*Las cosas del campo* III 12, 7; Della Corte, 1970, pág. 57).

Vuelto a Roma, no dejó de colaborar con Pompeyo. Y esto en parte como una especie de consejero literario suyo, cosa que ya había hecho con motivo de la guerra sertoriana. Así, pongamos por caso, parece que, de una u otra ma-

nera, tuvo que ver con el discurso que, como cónsul designado, pronunció Pompeyo en el 71 a propósito del mal gobierno provincial, y que en ese año, a petición del mismo, escribió una serie de consejos a fin de orientarle en sus futuras relaciones con el Senado (Della Corte, 1970, págs. 57-58; *infra*, págs. 39, punto 10). Al año siguiente, cuando su líder político era ya cónsul, en un periodo de cierta paz que le alejó de la actividad bélica, Varrón ostentó el cargo de tribuno de la plebe y lo hizo conforme a la más estricta observancia de la normativa jurídica vigente<sup>[15]</sup>. Por otra parte, probablemente hay que descartar que por esta época fuese edil curul (Della Corte, 1970, pág. 61, n. 45; Riposati, 1975, pág. 17, n. 15); y no tenemos total seguridad de que ejerciese la pretura en el 68.

Ante el acoso ya insoportable de los piratas del Mediterráneo, nutridos en parte de fugitivos y exiliados romanos y apoyados decisivamente por Mitridates, rey del Ponto, la ley Gabinia, aprobada en el 67 por la intervención de Cicerón, concede el control total de los mares a Pompeyo, quien arma una importante flota y designa a Varrón como uno de sus veinticuatro legados navales con destino en un sector de operaciones que llegó a ser el comprendido entre Delos y Sicilia<sup>[16]</sup>. Al Reatino, que con esta ocasión aconseja una vez más a Pompeyo por escrito (cf. *infra*, pág. 40), la intervención personal contra los piratas le sirvió para ampliar su erudición mediante la visita de lugares famosos y le proporcionó, por otra parte, una corona rostral<sup>[17]</sup>, lo que supone sin duda su propia participación en el abordaje de una nave enemiga. No obstante, parece que Varrón no siguió a Pompeyo en los avatares de la tercera guerra mitridática<sup>[18]</sup> debido a su nombramiento como pretor de Asia<sup>[19]</sup>. Sin embargo, aquí se encargó especialmente del suministro de ganado y caballos para aquél, sin olvidarse una vez más, por supuesto, de seguir engrosando sus conocimientos con la observación directa de su entorno.

A su vuelta a Roma<sup>[20]</sup>, entró en contacto con Tiranión, sabio y cada vez más influyente personaje que incidiría en su formación gramatical y filológica y que, de una manera general, contribuiría a la madurez de su pensamiento aportándole un cierto componente aristotélico (Lehmann, 1988). Por otro lado, nada sabemos de su posición ante la conjuración de Catilina en el 63. Lo que sí parece es que fue el asesor en las características del juicio de *perduellio* que, en ese mismo año y con el propósito escondido de desprestigiar el recurso al *senatus consultum ultimum*, montaron los pompeyanos contra Rabirio: desde hacía siglos no se había llevado a cabo un proceso como éste y el Reatino era, por amistad y por conocimientos, el personaje idóneo para informarles (Havas, 1976, pág. 25).

Muy discutida es la toma de postura de Varrón ante el primer triunvirato, y ello fundamentalmente por la existencia de un escrito atribuido a él y cuyo contenido y sobre todo intención son inciertos. De un lado, su ya larga amistad con Pompeyo y su identificación de ideas con éste parecen descartar en principio una crítica (al menos dura) a cualquier actuación del mismo; de otro lado, lo habitual en Varrón de la coherencia en la conducta y del respeto a la legalidad vigente hace dudar de que aceptase sin más la «ruptura constitucional» que suponía la unión de César, Pompeyo y Craso. Por todo ello, es muy probable que, a finales del 60 o principios del 59, de entrada y en medio de la proliferación de escritos semejantes en las vísperas del pacto entre los tres citados personajes, él mismo los atacase con su «Monstruo de tres cabezas» (*Trikáranos*), casi seguro sin demasiada violencia y con desigual dureza hacia cada uno de ellos. No obstante, tras escribirlo, cediendo como en otras ocasiones de su vida ante lo inevitable, se arrepintió y decidió ponerse al servicio del nuevo poder<sup>[21]</sup>. Y en el mismo 59, constituido ya el triunvirato y con César en el consulado, cuando se aprobó la ley Julia para repartir los campos de Campania entre los ciudadanos necesitados



con tres o más hijos, Varrón fue nombrado para la comisión de veinte hombres que habían de vigilar su aplicación (Varrón, *Las cosas del campo* I 2, 10; Plinio, *Historia nat.* VII 176). Vuelve así, por otra parte, después de varios años de un cierto alejamiento de ella, a la vida del campo.

Nada nos dicen las fuentes de su actividad política entre el 59 y el 49. Da la impresión de que permaneció estos años un tanto retirado de la vida pública y dedicado a su labor intelectual, pero sin perder la amistad de Pompeyo, a quien, al parecer, en el 56 dedica una importante obra (cf. *infra*, pág. 35). Desde luego, ilustrativas de su personalidad, de su influencia en las altas esferas del poder y de su consideración intelectual en estos tiempos pueden ser sus relaciones con Cicerón. El Reatino fue amigo de Cicerón, pero, como todo en él, con prudencia y de forma moderada. El Arpiñate esperaba en principio que Varrón intercediera por él ante Pompeyo para evitar las represalias de Clodio, pero poco a poco, nervioso ante el desarrollo de los acontecimientos, fue dudando de ello cada vez más (Cicerón, *Cartas a Át.* II 20, 1; 21, 6; 22, 4; 25, 1) y, efectivamente, terminó desterrado en el 58. No obstante, parece que el cauteloso sabino algo hizo al respecto y el mismo Ático lo reconocía (Cicerón, *Cartas a Át.* III 8, 3), pero sin duda obró con un gran tiento en la delicada situación de entonces<sup>[22]</sup>.

En el 49, la guerra civil le encuentra<sup>[23]</sup> en la Hispania Ulterior al mando de dos legiones y treinta cohortes como procuestor de Marco Petreyo, lugarteniente de Pompeyo en esta zona peninsular. Su actuación concreta es contada por César (*Guerra civil* I 38, II 17-20), con una gran ironía y sin duda con su acostumbrada manipulación de los hechos, y ha sido juzgada a veces duramente por los historiadores modernos<sup>[24]</sup>. En cualquier caso, resulta creíble que una vez más su carácter le hizo adoptar una actitud precavidamente titubeante. Y así, sin decidirse a actuar en un principio en uno u otro sentido, ante los triunfos de los pompeyanos del

comienzo de la guerra, se decidió por fin a apoyar a éstos e incluso lo hizo tratando con excesivo rigor a los adversarios, algo que se salía claramente de su acostumbrada medida. Pero, cambiada la situación prontamente, viendo que no le quedaba ni siquiera la posibilidad de huir y lejos de pretender una lucha a ultranza, se entregó con todos sus recursos, como sumiso funcionario, a la nueva legalidad que representaba de hecho el vencedor César (Della Corte, 1970, págs. 114-115; Riposati, 1975, págs. 18-19), sin duda después de haber reflexionado profundamente sobre la cuestión. Aunque quizás, como defienden hoy algunos, la actitud cambiante de Varrón a lo largo de esta fase de la guerra civil no fue más que una sagaz estrategia para retener en la Península Ibérica a César todo lo posible con la intención de que Pompeyo pudiese preparar el ejército de Oriente, pasar a Italia y, finalmente, coger a su adversario por la espalda<sup>[25]</sup>. Y esto podría explicar que, curiosamente, el Reatino no se una a los cesarianos, sino que, sin duda permitiéndolo el mismo César, se dirija a Durazzo a reunirse con los pompeyanos. No se movió de allí hasta que, recibida la noticia de la derrota de Farsalia, el 9 de agosto del 48, huyó en consecuencia a Corfú con otros correligionarios. Desde aquí, sin duda al igual que muchos de éstos, volvió a Italia, en donde, en principio proscrito y despojado de sus bienes como cualquier pompeyano, procuró escapar de Marco Antonio, dueño allí de la situación. No eran vanos los recelos del Reatino: a finales de ese año o principios del siguiente, Antonio intentó apoderarse de su villa de Casino. Pero personalmente César, que no se ensañó con el Arpíñate, menos lo hizo con Varrón. Muy por el contrario, enterado de las intenciones de Marco Antonio respecto a éste, le ordenó por carta desde Alejandría que no las llevase a cabo (Cic., *Filípicas* II 104). Es más, sorprendentemente, quizás halagado y complacido por la dedicatoria de una importante obra varroniana cuyo contenido resultaba favorable a sus intereses políticos<sup>[26]</sup>, incluso le dejó

por completo libre del estigma de proscrito encargándole poner en marcha una biblioteca pública en Roma con la compra de obras griegas y latinas (Suetonio, *Julio César* 44; San Isidoro, *Etimologías* VI 5, 1). De esta manera, por añadidura Varrón quedaba asemejado a los eruditos que habían regido los destinos de la biblioteca de Alejandría. Se le hiciese este encargo antes o después<sup>[27]</sup>, el caso es que Cicerón, perdonado también por César, vio en el Reatino mejor suerte que la propia, de tal manera que pensó en servirse de la amistad de éste. Así, a lo largo de la primera mitad del 46, como testimonian varias cartas, el Arpíate buscó el acercamiento a Varrón so pretexto de comunidad de intereses intelectuales y de mutua ayuda personal (Cicerón., *Cartas a fam.* IX 1). Pero una vez más el amigo sabino se recubrió de cautela y mantuvo durante un tiempo el silencio como la más prudente respuesta a las cartas de Cicerón, quien, sin embargo, no cejó en su empeño<sup>[28]</sup>.

Hasta el asesinato de César en marzo del 44, Varrón, cuya edad avanzada se resiente ya de algunas afecciones importantes (problemas de varices le obligan a permanecer sentado en lo posible: cf. Nonio Marcelo, 167, 20 M.; Cicerón, *Académicas* I 14), permanece fuera de la escena propiamente política, dedicado a su cargo de administrador de bibliotecas y, en el tiempo libre que le deja esta actividad, a la composición de obras gramaticales, bajo el influjo de Tiranión, entonces en su apogeo (Lehmann, 1988, págs. 181 ss.). No obstante, parece que no dejó de mostrar su anticesarismo real cuando tuvo ocasión y, a la muerte de Porcia, esposa de Lucio Domicio Enobarbo, no dudó en escribir un elogio de ella<sup>[29]</sup>. El magnicidio de las infaustas idus dejó a Varrón un tanto desamparado, en medio de cesarianos y anticesarianos que desconfiaban de su persona más o menos por igual. Él, por su parte, una vez más llevado por la prudencia, no se decidió a poner sus esperanzas en Octavio, muy al contrario que Cicerón (*Cartas a Át.* XVI

9). Y comenzó para él uno de los momentos sin duda peores de su vida. Desde luego, hubo de ver interrumpida en primer lugar su labor de bibliotecario<sup>[30]</sup>. Además, en mayo de ese año, Marco Antonio se apoderó por fin de su villa de Casino. Ésta, subastada irregularmente, en lugar de la tranquilidad virtuosa que quizás respiraba pitagorismo<sup>[31]</sup> y que había visto nacer tantas obras de Varrón, acogió el bullicio lujurioso de las fiestas desenfrenadas<sup>[32]</sup> y sufrió importantes pérdidas en su magnífica biblioteca<sup>[33]</sup>. De otro lado, el nombre del Reatino figuró en las listas de proscritos elaboradas desde fines del 43 por el segundo triunvirato y que se llevaron la cabeza y las manos del Arpiñate. La razón de la proscripción de Varrón es para Apiano (*Guerras civiles* IV 47) el haberse mostrado siempre y en todas sus facetas contrario a las dictaduras; pero, no siendo esto tan claro, se piensa hoy que pudo tratarse ni más ni menos que de la codicia que despertaban sus ya entonces proverbiales riquezas<sup>[34]</sup>. Pero uno de sus amigos, uno de los varios que se disputaron el darle protección, Quinto Fuño Caleño, cesariano y hombre de confianza de Antonio, le escondió en su casa, sin que nadie denunciase su presencia<sup>[35]</sup>. Resulta, pues, que ni Marco Antonio ni Augusto, que más tarde le pondría una estatua, debieron de ser los promotores de su proscripción, sino Lépido<sup>[36]</sup>. Por otra parte, se ha llegado a afirmar que la razón concreta de la amistad entre Varrón y Fufio Caleño fue el común odio a Cicerón, que en el caso del Reatino habían avivado de una manera especial la envidia de los laureles literarios del Arpiñate y el resentimiento de los desdenes críticos del mismo<sup>[37]</sup>. De otro lado, se cree que, en pocas semanas, entre la publicación de las listas de proscritos y la deificación de César el 1 de enero del 42, Varrón compuso una obra (*La estirpe del pueblo romano*: cf. *infra*, págs. 3637), que, claramente partidaria del asesinado dictador, fue sustento intelectual de la citada deificación y, en resumen, constituyó su contribución a la

propaganda del segundo triunvirato<sup>[38]</sup>. Con ella, pues, terminó de alejar el peligro que se cernía sobre él y se facilitó el acceso a los nuevos círculos de poder.

Pero sus últimos años los pasó bastante aislado, leyendo y escribiendo sin reposo, atraído definitivamente, al parecer, por el pitagorismo<sup>[39]</sup>, un tanto ajeno al devenir de los acontecimientos en Roma, donde, no obstante, tuvo un último reconocimiento oficial: en el 38 se le puso una estatua en la biblioteca de Asinio Polión<sup>[40]</sup>. Es precisamente su vejez, la propia conciencia de la muerte cercana, lo que, según confiesa él mismo a su esposa Fundania<sup>[41]</sup> al comienzo de su obra tardía *Las cosas del campo* (I 1, 1), le incitaba entonces a una mayor actividad intelectual<sup>[42]</sup>. Mas no se trataba en realidad sino de la intensificación final del lema propio que había practicado siempre: «forja tu vida leyendo y escribiendo» (*Sátiras Men.*, fr. 551 As.). Y así, la redacción de la obra que acabamos de citar (finalizada quizás en el 37) le venía exigida sobre todo por un interés puntual que le obligaba a un alto en la magna empresa en que se hallaba<sup>[43]</sup>, a la que, muy probablemente, aún iría a seguir alguna otra, eso sí, de menor importancia. Pues no puso fin el Reatino a esta su última carrera intelectual sino con la muerte, acerca de la que, si no sabemos a ciencia cierta la ciudad en que le buscó, nos ha llegado, en cambio, cómo le encontró: escribiendo echado en su lecho de trabajo<sup>[44]</sup>, como acostumbraba para aliviar su padecimiento de varices. Hombre precavido y de convicciones profundas donde los haya, no se le podía haber escapado dejar escrito cómo quería ser enterrado: según el rito pitagórico, «entre hojas de mirto, olivo y álamo negro» (Plinio, *Historia nat.* XXXV 160), y, es de suponer, en sus siempre amados campos sabinos.

## 2. *Obra: un sabio prolífico sin igual*

Una larga vida y una independencia económica respetable dieron ocasión a que la laboriosidad del Reatino produjese un número importante de obras<sup>[45]</sup> que, por la amplitud de su concepto de cultura, son del más diverso contenido, de forma que no sólo «leyó tanto que produce admiración que le quedase tiempo para escribir algo», sino que también «escribió tanto que apenas cabe creer que alguien pueda leerlo» (San Agustín, *La ciudad de Dios* VI 2). Fue, pues, uno de los ejemplos más conspicuos de aquel humanismo que él mismo identificaba fundamentalmente con la erudición (Aulo Gelio, XIII 17; Riposati, 1975, págs. 21 ss.), pero no con la erudición puramente libresca y muerta, sino con una capaz de hacer tomar conciencia al hombre de su propio entorno cultural, sin lo cual se hallaría en él como un extraño<sup>[46]</sup>. Y así sus contemporáneos y la posteridad, tanto pagana como cristiana, le dieron calificativos referentes a su gran experiencia o a sus enormes conocimientos<sup>[47]</sup>, a sus numerosísimas lecturas (Plutarco, *Rómulo* 12) o a su vastísima producción<sup>[48]</sup>. Comprendió ésta seiscientos volúmenes<sup>[49]</sup>, de los que, cuando redactaba sus *Retratos*, a los 77 años, ya había escrito cuatrocientos noventa (Aulo Gelio, III 10, 17). Varias de las obras debieron de perderse ya en vida del autor<sup>[50]</sup>. Hoy día sólo conservamos *Las cosas del campo* completas y una parte importante de *La lengua latina*<sup>[51]</sup>. Pero, contra lo que pudiera parecer consecuentemente con esto, los saberes de Varrón tuvieron un gran eco a lo largo de la Antigüedad desde que se publicaron (Brown, 1980, págs. 453 ss.), y así, dejadas las influencias propiamente dichas, existen multitud de fragmentos indirectos de varias de sus obras, que la ciencia filológica va organizando y tratando de que cobren nuevamente sentido. Aparte de que varios aspectos de la tradición cultural europea han quedado marcados por la impronta varroniana, aunque, a semejanza de lo que le ocurría al famoso personaje de Moliere con la prosa que hablaba, lo ignoremos en

más de una ocasión: se trata de aspectos como el canon de las artes liberales o las comedias plautinas que se tienen por auténticas. Una relación de unos cuarenta títulos se nos ha conservado gracias a San Jerónimo, que declara la no inclusión de toda la producción del Reatino<sup>[52]</sup>, hecho cuya realidad queda confirmada hoy por otras fuentes que nos informan de al menos trece obras más no contenidas en la citada relación<sup>[53]</sup>. Ésta recoge obras fundamentalmente de la madurez y de la vejez del autor y parece seguir un criterio que tiene en cuenta su clase y su cronología y que da lugar a los siguientes grupos (Della Corte, 1970, págs. 237 ss.); de erudición, historia y filología; burocráticas y jurídicas; epítomes de las grandes obras del primer apartado; pertenecientes a la vejez del autor; no doctrinales (poesía, sátiras y discursos). Dentro de los dos calificativos que aplicaba ya Suetonio (seguido por San Jerónimo; cf. Funaioli, 1969, pág. 180, test. 3) a Varrón como escritor, los cuatro primeros grupos se refieren al *philosophus* y el último al *poeta*.

Dar noticia cabal de esta inmensa, obra es difícil, y no tanto por su propia extensión, sino por lo poco que se nos ha conservado de ella y lo mucho que se viene conjeturando sobre la misma. Sin duda, una constante que une a toda la producción del Reatino es su reiterado punto de mira en Roma y en el interés de los romanos, en lo nacional y en lo práctico (Von Albrecht, 1992,1, págs. 481 y 483).

Buen ejemplo de los proverbiales saberes de Varrón y del concepto utilitario de la cultura que como buen romano tenía, es su labor de enciclopedista. Se trata concretamente de *Las disciplinas* (*Disciplinarum libri*), esa obra cuya lectura precedió a la conversión de San Agustín (*Retractaciones*, I 6; *Doctrina Cristina* II 40, 60) y que conocemos sobre todo indirectamente y por las fructíferas consecuencias que tuvo en la tradición europea. La compuso en los últimos años de